

Dios; la gracia y la gloria, preparada; he cumplido mi misión...

He luchado como bueno.

El príncipe de este mundo ha sido derrotado y conquistado su reino; he mostrado a los hombres que yacían en las tinieblas la luz de la salvación...

Me resta tan sólo el triunfo del Mesías...

Ha llegado la hora, y es ésta en que el perseguido, el ajusticiado, sea constituido centro de la historia del mundo y de la humanidad... Levantado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia Mí mismo...

Los judíos me han despreciado; no han querido que reinara sobre ellos, pero he aquí que ahora empiezo a dominar, no precisamente sobre su nación mezquina y deicida, sino sobre el universo mundo...

La creación entera es mi heredad...

Todo está consumado...

"PADRE: EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU"

La última palabra del Salvador en la Cruz.

Palabra santa, ungida de piedad y de religiosidad inefable.

Siempre había sido religiosísimo Jesús, y la muerte había de poner sello augusto a su piedad...

«Et haec dicens expiravit...» y dichas estas palabras, bajó su sacratísima cabeza y expiró...

No sé si el lector habrá caído en la cuenta.

Los demás hombres morimos cuando nos llega la hora; cuando la fuerza de la enfermedad o la desgracia logra cortar el hilo efímero de la existencia. Entonces, y no antes ni después.

Nuestra voluntad, por sí sola, es incapaz de añadir un minuto a nuestra vida, como es incapaz de añadir un codo

a nuestra estatura... En Cristo no se cumplió esta ley universal.

Era Dios y había de morir como tal, con dominio completo sobre la muerte. Debía morir cuando El quisiera y no cuando ésta imperara.

El dijo categóricamente: «Ninguno puede arrebatarme la vida, sino que la entrego yo por mí mismo; tengo poder para entregarla y poder para volverla a tomar»...

Y conformes a las palabras fueron los hechos.
Todos los Evangelistas lo señalan.

Al terminar la tercera hora en el suplicio de la Cruz, dió una gran voz Jesús para indicar que aun le quedaban fuerzas; luego inclinó la cabeza y conscientemente, en la plenitud de su conocimiento y libertad, cuando quiso y como quiso, exhaló el último suspiro...

Ninguno de los autores sagrados escribe «murió», sino que todos recurren a locuciones especiales: «entregó su espíritu», «envió su espíritu al Padre», «expiró»...

Así había de ser y así convenía al que era Hijo del Altísimo.

Se había sujetado a la muerte voluntariamente para la redención de la humanidad...: era necesario que muriese entregando también voluntariamente su alma...

EL CENTURION ROMANO

Ya dijimos más arriba el efecto que la virtud y santidad del gran Profeta en el patíbulo había producido en el Buen Ladrón.

El mismo se repitió en el Centurión romano. Este sincero y honrado militar había observado atentamente y con emoción al ajusticiado divino, y su conducta le había impresionado fuertemente...

Cuando, al fin, oyó las palabras últimas de Jesús, el grito con que encomendaba su espíritu al Padre, y le vió inmediatamente expirar, quedó lleno de terror sagrado. Aquello era algo extraordinario y divino...

Bajó del Calvario exclamando: ¡Verdaderamente éste era Hijo de Dios!...

El inusitado hecho le abrió los ojos del espíritu y vió la grandiosa realidad. Los crucificados morían por agotamiento y cuando ya sus fuerzas se habían extinguido por completo; jamás repentinamente y cuando aun les quedaba vigor para gritar... aquel reo no era un hombre vulgar; ni siquiera un mero hombre. Había de ser «el Hijo de Dios», como afirmara El mismo.

REFLEXION FINAL

Conocido es de todos el gran cuadro del Santo Cristo de Velázquez.

Es, sin duda, la obra soberana de la pintura religiosa.

Muchas bellezas lo eternizarán, pero lo que sobre todo conmueve en él desde el punto de vista religioso es la dignidad, el reposo soberano, la sobrehumana majestad y calma del Crucificado...

Viendo el Santo Cristo de Velázquez se ve a Dios muerto.

Así debió de ser; así debió quedar el sublime extinto: como la gran víctima de propiciación por los pecados del

mundo que cantó tan bellamente Gabriel y Galán. Con toda la majestad y grandeza divina del Unigénito del Padre:

Y el amor, el imán de las almas,
le acercó la visión del cordero;
la visión del dulcísimo mártir
clavado en el leño:
con su frente de Dios dolorida,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
con su boca de Dios sin aliento...
¡Muerto por los hombres!
¡Por amarlos, muerto!...



21

(Fagel)

«Hasta tal punto amó Dios al mundo que le entregó su Unigénito» (J. III, 16).

Cristo en su coloquio con Nicodemo.

CRISTO REDENTOR

SUMARIO: La Redención de Cristo en el N. T. - Concepto de la Redención. - La tragedia del Paraíso. - «Hijos de ira». - «El príncipe de este mundo». - El sacrificio del Calvario. - Isaías y la redención mesiánica

El presente capítulo no responde, quizá, por completo al fin apologético de este libro, pero servirá para dar una idea más amplia de la persona del Salvador y de su misión en el mundo.

Cristo es Dios, como demostramos en las páginas anteriores; Dios hecho hombre, Dios humanado...

Pero, ¿para qué este exceso?, se pregunta, ofuscada, la razón humana.

¿Para qué se hizo hombre el Altísimo y vivió durante treinta y tres años entre nosotros y padeció los achaques de nuestra mortalidad y las infinitas privaciones del destierro?

¿Fué sólo para evangelizar a los hombres, esto es, para instruir a la Humanidad respecto de Dios, de su fin y destino en el mundo, en las cosas sobrenaturales? ¿Para fundar su reino sobre la tierra, la Iglesia, y con ella elevarnos, santificarnos?

Sí, ciertamente.

Todos estos fines tuvo el Verbo al hacerse carne... Pero no fueron esos solos.

Vino también y primordialmente a redimir al linaje humano, esto es, a reconciliarlo con Dios, sacarlo de la esclavitud de Satanás y hacerle nuevamente heredero del cielo,

pagando con su sangre y su vida el rescate que por la ofensa inferida a Dios por el pecado exigía su justicia.

Desenvolvamos brevemente estos conceptos.

LA REDENCION DE CRISTO EN EL N. T.

Nada más frecuente que la alusión a la redención de Cristo en nuestros escritos sagrados neotestamentarios.

Son los días difíciles de las vacilaciones de San José ante el caso insólito de María, y se le aparece el ángel del Señor en sueños y le dice: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que se ha engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados». (Mt. I).

La idea se repite en la víspera del bautismo de Cristo en el Jordán por el santo precursor. Pasa por allí el Divino Maestro; Juan le reconoce, iluminado por Dios, y exclama, lleno de la más viva convicción: «He aquí al Cordero de Dios; he aquí al que quita los pecados del mundo».

En la visita nocturna de Nicodemus expone el mismo Jesús, con las palabras más decisivas y emocionantes, que El ha venido al mundo para redimirle: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así el Hijo del Hombre ha de ser levantado sobre la tierra, para que todo el que crea en El no perezca, sino que obtenga la vida eterna».

Otro día se celebra su entrada solemne en Jericó. Zaqueo, uno de los principales publicanos, deseoso de verle, hase subido a un árbol, para poder conseguir su intento; el divino Salvador pasa por debajo de él en su camino, y le mira cariñosamente, levantando hacia él sus ojos, y le anuncia que marche a su casa, porque quiere hospedarse en ella aquel día. Hácelo así el publicano y le recibe con grandes demos-

traciones de júbilo: «Hoy se ha hecho la salud en esta casa, dice el Maestro, al entrar en ella, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que había perecido». (Lc. XIX.)

La madre de los hijos del Zebedeo pide para éstos que se siente uno a su derecha y otro a su izquierda cuando venga el día de su reino. Jesús le responde que no sabe lo que pide, y aprovechando la ocasión para inculcarles la humildad, termina con estas palabras: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención por muchos». (Mc. X.)

Llega, por fin, la noche tan deseada de la última Cena, e instituye el Santísimo Sacramento como memorial perenne de su pasión; da a sus Apóstoles a comer su cuerpo, que «ha de ser entregado por ellos a la muerte»... y a beber su propia sangre, que «será derramada en remisión de los pecados del mundo»...

LOS APOSTOLES

Su testimonio no es menos explícito.

San Pedro afirma, en su primera carta a los fieles, que: «No han sido redimidos con cosas corruptibles, oro o plata, sino con la preciosa sangre de Cristo». «Porque El tomó sobre su cuerpo nuestros pecados y los elevó en la Cruz para que, muertos ya a ellos, vivamos para la justicia».

San Pablo añade a los fieles de Corinto:

«Os transmito lo que yo mismo recibí; es a saber, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras»; y a los romanos: «Habéis sido justificados gratuitamente por la gracia de Cristo, a quien hizo Dios propiciación por la fe en su sangre, para ostensión de su justicia». Expone a continuación los efectos de la obra redentora, es a saber, la reconciliación con Dios, y termina: «Porque si cuando éramos

enemigos quedamos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora, reconciliados ya, seremos salvos en su vida».

San Juan dice también, en su primera carta:

«Nosotros estamos limpios en la sangre de Jesucristo, el cual es propiciación y hostia por nuestras culpas, y no sólo por las nuestras, sino por las de todo el mundo».

CONCEPTO DE LA REDENCION

Cristo es redentor del mundo...

¿Pero qué significan estas palabras? ¿Qué es redimir y redención?

Redimir, atendiendo a la etimología del vocablo, *comprar de nuevo*, es un acto por el cual una cosa poseída antes, pero enajenada, se adquiere nuevamente bajo el pago del competente precio.

En el orden religioso y en el caso que nos ocupa, de la redención de los hombres, puede definirse así: «Es el acto por medio del cual el linaje humano, caído por el pecado en desgracia de Dios y bajo la servidumbre de Satanás, fué librado de ella y reintegrado a la amistad divina y herencia del reino de los cielos por medio de Jesucristo, que satisfizo y pagó con su sangre a Dios ofendido el rescate exigido por su justicia...»

LA TRAGEDIA DEL PARAISO

Su triste recuerdo esclarecerá suficientemente los conceptos.

Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza, y, complacido en él, habíale encumbrado sobre todos los seres de la creación visible, para que fuera el centro magní-

fico del universo, el rey, el profeta y cantor de la creación. Juntamente le hizo participante de la inmortal herencia del reino de los cielos.

De todo ello quedó privado lastimosamente un día.

Desobedeció el mandato de Dios que le prohibía comer del fruto prohibido. Con ello entró el pecado en el mundo, como dice San Pablo, y con el pecado la muerte...

Fué aquél un día aciago para la mísera humanidad.

Dios, justísimamente irritado contra el hombre, le arrojó como a profano y pecador, del Paraíso, lo lanzó por la tierra, para que anduviera errante y vagabundo por el destierro, huyendo, como perpetuo Caín, de su presencia y ensangrentando sus plantas con los cardos y abrojos de un suelo estéril y maldito...

Horas de luto para la Humanidad.

En ellas se cerraron las puertas del cielo y juró Dios, en su indignación, que no penetrarían por sus umbrales las plantas impuras de los hombres... Era el decreto de su condenación, de la reprobación definitiva; el acto tristísimamente solemne de la desheredación de toda la Humanidad...

Desde entonces nacemos todos los humanos «hijos de ira» y de indignación para Dios. Esta es la ley común, y ante ella nada valen la nobleza de la sangre, ni el poder de las armas, ni el esplendor de la gloria...

El pecado de los primeros padres vició la raíz toda de la Humanidad y se nos transmite indefectiblemente como herencia y propiedad de naturaleza. Todos nacemos hijos de culpa. Pasa la Humanidad como las olas del océano; pasan las generaciones y se alcanzan las unas a las otras y se oprimen y estrujan; como se estrujan y oprimen las olas alborotadas en día de tormenta...; pero todas ellas llevan indeleble el vergonzoso estigma sobre la frente. Pasan los grandes personajes de la Historia: los reyes, los emperadores, ante quienes, muda, se postró la tierra; pasan los conquistadores

que ganaron reinos con la punta de su espada; pasan los sabios que brillaron como antorchas del saber en el firmamento; más aún: pasan los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, las vírgenes, los hombres más insignes en santidad y merecimientos, y todos inclinan, ruborizados, su frente y repiten, con David: «He sido concebido en el pecado y engendrado en la iniquidad»...

EL PRINCIPE DE ESTE MUNDO

Nueva desgracia de la primera culpa.

El hombre arrojado del Paraíso, objeto de la ira de Dios y excluido de la herencia de la Gloria, cayó por el mismo hecho bajo el yugo ominoso de Satanás, quien desde aquel momento quedó constituido «príncipe de este mundo».

Es la frase significativa y sangrienta del mismo Salvador.

Nos cuenta el Evangelio que en el día de las tentaciones, en el desierto, se llevó el demonio a Jesucristo y, transportándolo a un elevado monte, le mostró desde él todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré si caes a mis plantas y me adoras».

¡Notable ambición y osadía de Satán!

¿Era suyo, por ventura, el mundo con todos sus reinos y su gloria?

Sí, por desgracia: El pecado le había concedido ese dominio. Reinaba en la sociedad pagana por medio de la idolatría más vergonzosa y aun por la misma posesión diabólica...

¡Pobre Humanidad! Inmensa como el mar era su desventura.

¿Quién podría salvarla? Semejábase al hombre que cayó en manos de ladrones y quedaba inerte en el camino, ensangrentado y medio muerto. No podía valerse por sí misma;

miraba al cielo y lo veía cerrado, clamaba a Dios y éste le volvía las espaldas...

Necesitaba ella también un piadoso samaritano; una voz potente que le gritara como a Lázaro: «Levántate y anda»... Era el paralítico de la probática piscina a quien le faltaba el hombre que le ayudase...

¿Aparecerá el prójimo caritativo, el hombre deseado?
¿Sonará la voz imperiosa y compasiva?

PROBLEMA DE JUSTICIA

Porque surge aquí un gran problema.

¿Cómo hacer la Redención?

¿Quién será capaz de llenar sus requisitos?

En la pura región de las ideas ocurren tres posibles soluciones: el perdón generoso de la ofensa del pecado por parte de Dios ofendido y la nueva admisión de la Humanidad a su gracia y amistad perdida... La encarnación de un ángel o la elección de un hombre como representante de todo el linaje humano a quien hacer morir como víctima de propiciación para pagar con su sangre la deuda contraída... Finalmente, hacerse hombre y ofrecerse en sacrificio alguna de las divinas personas...

¿Cuál de las tres soluciones hubiéramos escogido nosotros?

Ni la primera ni la segunda podían satisfacer.

Perdonar gratuitamente la ofensa de parte de Dios hubiera sido generosidad y misericordia, pero no obra de justicia, como exigían los arcanos de la providencia inexcrutable del Altísimo... La satisfacción dada por los padecimientos de un hombre, o de un ángel, no habría podido equivaler con-

dignamente tampoco a la ofensa, pues ésta era infinita, por dirigirse contra Dios, inmenso e infinito...

La tercera solución sí hubiera sido apta.

La encarnación de una persona divina. Sus padecimientos y su muerte, ofrecidos en rescate por el hombre, habrían sido condignos, usando este término teológico, suficientes y aun superabundantes, pues cualquiera de las acciones del Hombre-Dios fuera de valor infinito.

Esta, repetimos, era la solución adecuada...

Pero ¿quién se atreverá a exigirla?

¡Dios hacerse hombre! ¡Dios tomar nuestra mortalidad!

¡Dios padecer! ¡Dios derramar sangre y morir!...

¡Lejos de Vos, Señor, semejante pensamiento!, exclama la razón, anonadada.

Está demasiado alto vuestro trono, por encima de los cielos de los cielos, y no podrá llegar a Vos el dolor, la humillación y la muerte...

Imposible... Era impropio, indigno de Dios...

Sin embargo ese fué el modo escogido.

Suele ponerse una comparación.

Es un reo acusado de enormes delitos y por ellos sentenciado a muerte. Al ser llevado a la ejecución le ve pasar por delante del palacio, camino del suplicio, el hijo del rey y heredero de la corona. Se compadece e, interesado por él, quiere salvarle. Se oponen las leyes: el reo ha de satisfacer por sus delitos... Así lo exige la justicia, pero el hijo del rey sigue adelante en su empeño benéfico. Quiere salvarle a toda costa, incluso se ofrece él mismo a morir en su lugar, y muere, en efecto, para satisfacer por sus delitos...

Este fué, exactamente, el caso de Jesucristo.

Un día se oyó en el Cielo la voz del Hijo de Dios que decía: «No has querido hostias ni oblaciones de la tierra»;

heme aquí, pues, dispuesto al sacrificio. «Yo iré y les salvaré»...

EL SACRIFICIO DEL CALVARIO

Y se rasgaron, efectivamente, los cielos, y descendió de ellos el Salvador...

Durante treinta y tres años ennobleció el mundo con su presencia, recorriendo los campos palestinos en la predicación del Evangelio, iluminando las tinieblas de las inteligencias y realizando los más grandiosos milagros... Pasó por todas partes esparciendo el bien a manos llenas y, como el sol por el firmamento, esclareciéndolo todo con su luz... Al fin se entregó a la muerte como víctima voluntaria por el hombre. En el Gólgota se consumó el sacrificio, suspendido en una cruz. Y agotada su sangre, expiró...

Estaba todo consumado.

La muerte de Cristo, del Mesías, del Hombre-Dios, ofrecida al Eterno Padre, canceló toda la deuda del pecado: quedó pagado todo el rescate exigido...

¡Sublime página de San Pablo! Cristo sube al Cielo después de la magna epopeya realizada. Es el capitán que entra en su reino de conquista... Es el guerrero de las eternas promesas... Ha llegado hasta el trono mismo del Eterno y arrancándole el quirógrafo del decreto de nuestra condenación lo ha hecho pedazos y clavándolo en la Cruz...

Ya es otra muy distinta la suerte de la Humanidad.

Ha terminado el ominoso yugo de Luzbel.

Dios vuelve a admitir a los hombres como hijos suyos.

Tenemos propicio y aplacado el Cielo.

El, con todos sus goces, nos pertenece como herencia inmortal y propia, como corona y premio después de los afanes y luchas de la vida...

El mismo día de la muerte del Redentor se aplicaba el

rescate : «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», dijo al Buen Ladrón, crucificado al lado suyo. Y el alma del afortunado salió de las torturas de la cruz para entrar en el reino de la Gloria.

Había comenzado la nueva Era.

Abrid vuestras puertas ¡oh príncipes celestiales!, podría decir a los ángeles la humanidad regenerada y exultante de júbilo... Abrid vuestras puertas ¡oh príncipes celestiales!, esas puertas que cerró el pecado y que vosotros guardabais con la espada desenvainada, para que no penetraran por ella los pies pecadores de los hombres... abridlas ya de par en par, porque el Hijo de Dios, el Santo, el Fuerte, el Vencedor del infierno y del pecado nos ha conseguido de nuevo el cielo, y aunque le ha costado la muerte, aunque lleva sus vestidos en sangre tintos, ha conseguido reconciliarnos con el Padre, pagándole el rescate en toda justicia exigido...

Y tú, ¡oh celestial Jerusalén!, muéstranos ya tus atrios inmortales..., deja ver, por fin, tu regia magnificencia a los pobres desterrados que lloramos apartados de ti y te saludamos desde lejos como a nuestra feliz y venturosa patria...

ISAIAS Y LA REDENCION MESIANICA

Resumamos y terminemos. Hay una página prodigiosa del más grande de los profetas, de la que ya hicimos mención en otra parte y que es el compendio más acabado del gran dogma de la Redención de Cristo, hecho a seiscientos años de distancia.

Dice así Isaías en su capítulo LIII:

«Mas ¡ay!, ¿quién ha creído o creerá nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado ese Mesías, brazo o virtud del Señor?

Porque El crecerá a los ojos del pueblo como una humilde planta y brotará como una raíz en tierra árida. No es de

aspecto bello y esplendoroso ; nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestras miradas ni llame nuestra atención hacia El.

Vímosle después despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto de vergüenza, por lo que no hicimos ningún caso de El.

Es verdad que El mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados y cargó con nuestras penalidades ; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado.

Siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué El llagado y despedazado por nuestras culpas: el castigo de que debía nacer nuestra paz con Dios, descargó sobre El, y con sus cardenales fuimos nosotros curados.

Como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de la senda del Señor para seguir su propio camino, y a El sólo le ha cargado el Señor, sobre las espaldas, la iniquidad de todos nosotros.

Fué ofrecido en sacrificio porque El mismo lo quiso ; y no abrió su boca para quejarse: conducido será a la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que lo esquila.

Después de sufrida la opresión e inicua condena, fué levantado en alto o puesto en cruz. Pero la generación suya, ¿quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes: para expiación de las maldades del pueblo le he yo herido, dice el Señor.

Y en recompensa de bajar al sepulcro le concederá Dios la conversión de los impíos: tendrá por precio de su muerte al hombre rico: porque El no conoció pecado ni hubo dolo en sus palabras.

Y quiso el Señor consumirle con trabajos: mas luego que

El ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y cumplida será por medio de El la voluntad del Señor.

Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado. Este mismo Justo, mi siervo, dice el Señor, justificará a muchos con su doctrina; y cargará sobre sí los pecados de ellos.

Por tanto, le dará como porción o en herencia suya, una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes: porque ha entregado su vida a la muerte y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de todos, y ha rogado por los transgresores...»

Nada más elocuente, pero también nada más significativo y revelador que este **pasaje**.

Contra todas las esperanzas e ilusiones judías que constituían la entraña misma de su mesianismo, se anuncia aquí un Mesías humilde, sin boato, sin pompa exterior alguna; más aún, lo que parece increíble, un Mesías paciente, varón de dolores y que sabe de enfermedades; un Mesías atribulado, herido de la mano de Dios, muerto en un patíbulo por su mismo pueblo; un Mesías sacrificado y víctima...

¿Cuál puede ser la causa de un hecho tan insólito y desconcertante?

Sólo el misterio de la Redención cristiana puede explicarlo.

«Todos habíamos delinquido», «todos, como ovejas, nos habíamos descarriado» y «puso Dios sobre su Cristo todas nuestras culpas; lo cargó de nuestras iniquidades y le castigó por ellas». El Mesías «se ofreció al sacrificio voluntariamente y admitió el castigo de que había de nacer nuestra paz con Dios»; «por sus cardenales fuimos curados nosotros...».

El fruto de la pasión había de ser eficaz y abundantísimo.

«Luego que ofrezca su vida por el pecado, afirma el pro-

feta, podrá contemplar una descendencia larga y duradera.» «Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado.» El justificará a muchos. «Se le dará como porción o herencia una gran muchedumbre de naciones...»

Fué la nueva generación de hijos de Dios y congregación de los redimidos, la Iglesia salida del costado abierto del Redentor... Jacob había anunciado en su vaticinio que sería «la expectación de las gentes», y el mismo Cristo dijo a sus Apóstoles: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia Mí mismo...».

LA RESURRECCION DE CRISTO

SUMARIO: Predicciones categóricas de Jesús sobre su propia Resurrección. - Documentos históricos del gran acontecimiento. - Los cuatro Evangelios y los Hechos. - Las apariciones de Jesús. - Pedro y Juan en el Templo. - San Pablo en Antioquía de Pisidia y en Atenas. - La carta a los Corintios. - La fe en la Resurrección, creadora del Cristianismo

Había terminado la tragedia del Calvario.

El gran Profeta crucificado acababa de morir en el patíbulo.

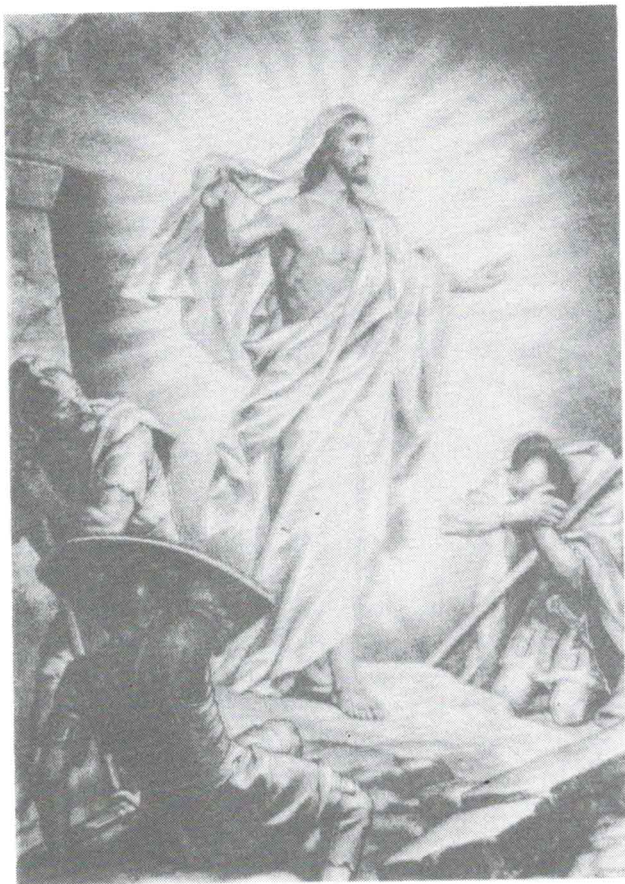
Los príncipes de los sacerdotes habían triunfado plenamente sobre El al parecer y para siempre.

Desaparecido el odiado taumaturgo de la vista, pronto desaparecería también del corazón de sus seguidores...

Sin embargo, ¡qué equivocados estaban!

¿Quién les había de decir que entonces, precisamente, comenzaba su triunfo? ¿Que dentro de unas horas iba a resucitar, a salir radiante del sepulcro para nunca más morir, para atraer irresistiblemente hacia sí a la Humanidad en incesantes oleadas y ser constituido centro del mundo y de la Historia, mientras ellos iban a hundirse en el abismo, arrastrando en pos de sí a toda la desgraciada nación judía, que dejaba ya de ser el pueblo de Dios por su gran crimen?...

La Resurrección de Jesucristo es el hecho cumbre de la Historia y el fundamento de la religión cristiana. Si Cristo ha resucitado, es verdadero Dios, o al menos legado suyo. No



«Y resucitó al tercer día»

puede equivocarse. Es la luz venida al mundo. Nosotros, al seguir sus enseñanzas, estamos en la posesión de la verdad.

PREDICCIONES CATEGORICAS

Ante todo, un hecho preliminar indiscutible.

Cristo anunció clara y terminantemente y repetidas veces su muerte a manos de los judíos, y su Resurrección al tercer día.

Nada más patente en el Evangelio.

Era la fecha memorable de la magnífica confesión de San Pedro y de la promesa solemne del Primado hecha en Cesárea de Filipo, y nos dice San Mateo (XVI, 21) que Jesús: «Desde aquel tiempo, comenzó a declarar a sus discípulos que le convenía ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día. Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reprimirle, diciendo: Señor, mira por Ti: en ninguna manera esto te acontezca. Entonces El, volviéndose, dijo a Pedro: Quitate de delante de Mí, satanás; me eres escándalo porque no entiendes lo que es de Dios sino lo que es de los hombres».

Terminada la gran escena de la Transfiguración, baja el divino Maestro del monte acompañado de los tres testigos de la misma: Pedro, Juan y Santiago, y les manda que «a nadie digan lo que habían visto hasta que resucitara de entre los muertos». (Mat. XVII, 21.)

Lo mismo afirmó en Galilea, poco después: «El Hijo del hombre, les dijo, ha de ser entregado en manos de los hombres y le matarán, pero resucitará al tercer día. Y ellos se entristecieron en gran manera». (Mat. XVII, 22.)

Son los días próximos a la última Pascua.

Jesús se encamina a Jerusalén con sus Apóstoles para celebrarla allí como tenía de costumbre. En el viaje les dice,

como previniéndoles para el duro trance: «Mirad que subimos a Jerusalén: allí el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y los escribas y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para que sea escarnecido y azotado y crucificado, pero al tercer día resucitará». (Mat. XX, 18-19.)

Conocido es, también, el episodio del Templo.

Era casi a los comienzos de su ministerio público cuando entró en él un día el Salvador y quedó profundamente indignado por lo que veía. En los atrios del mismo se habían colocado, como en mercado público, numerosos puestos de venta de ovejas, bueyes y palomas, necesarias para los sacrificios, así como también mesas de cambistas para canjear el dinero de los que venían de la Diáspora con la moneda del país.

Era una evidente profanación.

El celo del Salvador se sintió enardecido, y haciendo un látigo lanzó de allí a los profanos, diciendo: «No queráis convertir la casa de mi Padre en lugar de negociación». Estos se le encaran y le preguntan qué señal daba para probar su autoridad en aquello: Jesús les responde, aludiendo de una manera velada a su muerte y resurrección: «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré». Se refería, anota el evangelista, al templo de su cuerpo. (Jn. XI, 14.)

Otro día, en el transcurso de uno de sus grandes discursos, se le acercan algunos de los escribas y fariseos, y le dicen: «Maestro, quisiéramos verte hacer algún milagro». El les responde: «Esta generación mala y adúltera, me pide un prodigio, pero no se le dará el que ella pide, sino el prodigio de Jonás, profeta; porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra». (Mt. XII, 39.)

El anuncio de la Resurrección llega hasta sus propios enemigos.

No habían pasado más que unas horas de la muerte del excelso Taumaturgo y Profeta crucificado, cuando los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, se sienten inquietos; una nube ha venido a oscurecerles la seguridad de su fiesta: la predicción de la Resurrección de Jesús. Determinan ir en comisión a Pilatos, y le dicen: «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor, cuando aun vivía, dijo que resucitaría al día tercero después de su muerte: Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta ese día, no sea que vayan sus discípulos y roben el cadáver, y luego propalen entre el pueblo la noticia de haber resucitado de entre los muertos, y entonces el segundo engaño será más pernicioso que el primero». Respondióles Pilatos: «Ahí tenéis la guardia; custodiadle como queráis». (Mt. XXVII, 62-66.)

DOCUMENTOS HISTORICOS

Es cierto, pues, el anuncio: Cristo afirmó clara y terminantemente que resucitaría.

¿Se cumplió su palabra? Sí y con toda seguridad.

Dios ha querido que el hecho fundamental en que se apoya nuestra fe católica quedara fuera de toda posibilidad de duda para los hombres razonables que no se dejan llevar de fobias o prejuicios preconcebidos. Para negar la resurrección de Cristo, es necesario negar un verdadero torrente de documentos de los más fidedignos que se hayan escrito jamás; es necesario negar toda honradez y probidad humana para acabar negando hasta el hecho más portentoso y visible de la Historia: la creación del Cristianismo que tiene en él toda su razón de ser y fundamento...

En los demás hechos de la vida del Salvador notamos diversidad en la narración evangélica. Apenas hay uno que sea atestiguado simultáneamente por todos los escritores sagra-

dos. La mayoría de los milagros, ya dijimos que son relatados solamente por uno o, a lo más, por dos evangelistas. La Resurrección, por el contrario, todos unánimemente la consignan... Más aún, la constatan todos los escritos del Nuevo Testamento. No se encontrará ni siquiera uno que la silencie o no la suponga y parta de ella como de fundamento. Hablan expresamente los cuatro evangelistas, los Hechos de los Apóstoles, las cartas de los mismos, el Apocalipsis.

Los Evangelios.

San Mateo le dedica íntegro su último capítulo, que es el XXVIII, como había dedicado el anterior a la Crucifixión y a la Muerte. Expone en él con todo pormenor la ida de las mujeres al sepulcro el domingo por la mañana y el hallazgo del sepulcro vacío, hecho que les llena de consternación e incertidumbre: el terremoto causado por la acción del ángel al remover la roca de entrada; el terror que se apodera de los guardias, las primeras apariciones de Jesús; el soborno de los soldados, por parte de los judíos, para que digan que, estando ellos dormidos, habían venido sus discípulos y robado el cuerpo. Finalmente, la aparición del Salvador a todos los Apóstoles reunidos en Galilea y su voluntad de enviarles a predicar por todo el mundo.

San Marcos le consagra también todo su último capítulo, el XVI.

En él cuenta, particularmente, la intervención y actividades de María Magdalena, a quien se aparece Jesús bajo la figura de hortelano y palpitante de gozo, corre al Cenáculo, donde se encuentran los discípulos, a comunicarles la gran nueva. Ellos no la creen y tienen sus palabras por delirio... Luego, la aparición en el mismo sitio el día de la Resurrección, por la noche, y, finalmente, la Ascensión.

San Lucas es más explícito y abundante.

En el largo capítulo XXIV de su Evangelio expone como los demás, la ida de las mujeres al sepulcro, citándolas por sus nombres: María Magdalena, Juana y María de Santiago y otras. Describe después, con interés especial, la aparición de Jesús a los dos discípulos huidizos que se dirigen a Emaús; la narración está hecha con todo el colorido y entusiasmo de la verdad; el descorazonamiento de ambos discípulos, la conversación habida con Jesús, que se les acerca bajo la figura de caminante, les pregunta la causa de su tristeza, les explica las Sagradas Escrituras, para demostrarles que era necesario que el Cristo padeciera todo aquello para entrar así en su reino y en su gloria: el fervor interno que se apodera de ellos al oír sus palabras: «¿No es verdad que ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Sagradas Escrituras?»; su invitación, una vez llegados a la casa, al caminante que les había enardecido para que permaneciera con ellos aquella noche; su reconocimiento de Jesús al verle dar la bendición en la mesa y partir y darles el pan; la vuelta de los dos discípulos a Jerusalén llenos del gozo más exultante... Llegan al Cenáculo donde están los demás, cerradas las puertas por miedo a los judíos, y relatan lo sucedido, cuando repentinamente se vuelve a aparecer Jesús a todos... Conturbados y llenos de espanto creen ver un espíritu, pero Jesús les calma, diciendo: «Soy yo, no queráis temer: ved mis manos y mis pies, y notad que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo los tengo. ¿Tenéis algo que comer?». Ellos le ofrecen un trozo de pez asado y un panal de miel, y come delante de los mismos.

San Juan, el discípulo amado de Jesús, es el que se lleva la palma en el relato de la Resurrección. A ella consagra los dos últimos capítulos de su Evangelio, el XX y el XXI.

Además de la ida de las mujeres al sepulcro, expone la de San Pedro y la suya propia. «Iban ambos corriendo, dice

con ingenuidad, pero él, más joven, se adelantó a Pedro». Ambos ven el sepulcro vacío y los lienzos de la mortaja...

El relato de la aparición a la Magdalena, en figura de hortelano, mientras ella llora sentada sobre la losa, es de las que no pueden inventarse: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella, creyendo que era el hortelano, le responde: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde le has puesto, que yo lo tomaré». Jesús pronuncia entonces su nombre con la inflexión y tono de voz tan conocido por ella, y le dice: «María...». Vuélvese ella al instante, y exclama. «Rabboni», que quiere decir: «Maestro mío».

El mismo día, por la noche, se aparece a todos en el Cenáculo, y San Juan completa la narración de los otros evangelistas con importantes pormenores: «La paz sea con vosotros, les dice. Como me ha enviado mi Padre, así yo os envío». Dichas estas palabras, dirige el aliento hacia ellos, y añade: «Recibid el Espíritu Santo: Aquellos a quienes vosotros perdonareis los pecados, les serán perdonados, y aquellos a quienes se los retuviereis, les serán retenidos».

Dos significativas apariciones más.

La del Cenáculo, estando presente Santo Tomás, y la del lago Tiberíades.

Cuenta así la primera: «Empero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: «Hemos visto al Señor». El les respondió: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré...».

Ocho días después, estaban otra vez los discípulos dentro, y con ellos Tomás. Vino Jesús, cerradas las puertas, y púsose en medio, y dijo: «La paz sea con vosotros». Luego, dijo a Tomás: «Mete tu dedo y ve mis manos, y alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel». Enton-

ces, Tomás respondió, y dijo: «¡Señor mío y Dios mío!». Dícele Jesús: «Porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron».

La aparición del lago es más emotiva aún.

Habían estado pescando los Apóstoles, sin resultado, toda la noche.

Ya se retiraban hacia la playa, por la mañana, cuando vieron a un hombre desconocido en la ribera.

¿Tenéis algo que comer? — les dijo, y ellos respondieron negativamente.

Echad la red a la derecha y encontraréis. Lo hicieron así y ya no podían sacarla por la muchedumbre y magnitud de los peces. Juan indica por lo bajo a Pedro, que aquel hombre era el Maestro, el Señor. Al oír Pedro estas palabras, no puede contenerse y se arroja al agua para llegar más pronto donde El estaba. Los demás discípulos llegan en la barca tirando de la red, llena de peces: saltan afuera y ven preparadas brasas y un pescado encima y pan. Díceles Jesús, traed de los peces que habéis cogido. Sube entonces a la barca Simón Pedro y saca la red a tierra con ciento cincuenta y tres peces grandes, sin que ésta se rompa por ser tantos...

Síguese el almuerzo y después la triple interrogación a San Pedro y la institución del Primado en su persona. «Simón, hijo de Juan ¿me amas? — Sí, Señor, Tú sabes que te amo — Apacienta mis corderos. Simón, hijo de Juan, le dice por segunda vez, ¿me amas? Y él: Señor, Tú sabes que te amo. — Apacienta mis corderos. Por tercera vez lo mismo. San Pedro se contrista, desconfiado de sí y le dice: Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo. — Apacienta mis ovejas... En verdad, en verdad te digo que cuando eras joven te ceñías e ibas a donde te agradaba, pero cuando te hagas viejo, otro te ceñirá y llevará a donde tú no quieres. Esto lo decía, añade el Evangelista, significando la muerte con que había de glorificar a Dios.

LOS HECHOS

Son para nuestro caso como un quinto Evangelio.

Dicen ya al comenzar: «He hablado en mi primer libro (el tercer Evangelio escrito, como sabemos, por el mismo autor, San Lucas) ¡oh Teófilo!, de todo lo más notable que hizo y enseñó Jesús desde el principio hasta el día en que fué recibido en el Cielo después de haber instruido por el Espíritu Santo a los Apóstoles que El había elegido; a los cuales se manifestó también después de su pasión, dándoles muchas pruebas de que vivía y apareciéndoseles en el espacio de cuarenta días y hablándoles de las cosas del reino de Dios. Y por último, comiendo con ellos les mandó que no salieran de Jerusalén sino que esperaran el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual, dijo oísteis de mi boca; y es que Juan, bautizó con el agua, mas vosotros habréis de ser bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días».

San Pedro.

Recibido el Espíritu Santo, el día de Pentecostés, arenga Pedro a la muchedumbre.

En su discurso repite varias veces el hecho de la Resurrección de Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios y señalado por los mayores prodigios y a quien entregaron a la muerte los príncipes de Israel y se la dieron por manos inicuas, pero Dios le *resucitó*, añade, librándole de los dolores de la muerte... (VI, 2).

Unos días más tarde van al Templo a orar, Pedro y Juan.

Al entrar por la puerta llamada *Hermosa*, encuentran a un cojo de nacimiento que acostumbraba a ponerse en ella todos los días para pedir limosna a los que por allí pasaban. El pobre tullido les mira suplicante y pide una limosna. Pedro se siente inspirado de Dios y le dice: «Mira hacia nosotros». El cojo, creyendo que iba a recibir algo de ellos, les mira fijamente: Pedro le dice entonces: «No tengo oro ni

plata, pero te doy lo que poseo: En nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda» y tomándole por la mano derecha le levantó; al instante se le consolidaron las piernas y dando un salto quedó de pie y echó a andar. Juntamente con sus bienhechores entró en el Templo saltando de gozo y alabando a Dios. (III)...

El pueblo se arremolina estupefacto viendo lo ocurrido: el Apóstol, entonces aprovecha la ocasión y exclama: «Varones de Israel ¿por qué os maravilláis de esto que ha sucedido y por qué nos miráis a nosotros como si por nuestro propio poder y virtud le hubiéramos hecho andar a este hombre? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob; el Dios de nuestros padres glorificó a su Hijo Jesús a quien vosotros entregasteis a la muerte y le negasteis ante Pilatos, siendo él de opinión de que había que dejarle libre... Vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que en su lugar se diera suelta al homicida Barrabás... Vosotros fuisteis los que matasteis al Autor de la vida... *Pero Dios le resucitó de entre los muertos*, de lo cual somos nosotros testigos. Y en fe de que ello es así, aquí delante tenéis al que vosotros visteis y conocisteis y a quien para confirmar la verdad de lo que decimos ha dado Dios completa salud por medio nuestro, delante de todos» (III).

San Pablo.

Escojamos al azar algunos episodios de su predicación.

Se encuentra con Bernabé en Antioquía de Pisidia y en la sinagoga de la misma. Es sábado y ha acudido a la sinagoga, donde se congregan los judíos de la colonia. Terminada la lectura de la Ley, los mismos presidentes de la sinagoga les invitan a hablar. Pablo toma la palabra: «Israelitas y vosotros, los que teméis al Señor, escuchad: Del linaje de David hizo nacer Dios, según su promesa, a Jesús, para ser el Salvador de Israel... pero los habitantes de Jerusalén y sus

jefes, desconociendo a este Señor y las profecías que se leen todos los sábados, con haberlo condenado, las cumplieron: cuando, no hallando en El ninguna causa de muerte, pidieron, no obstante, a Pilatos que le quitara la vida... Y después de haber ejecutado todas las cosas que de El estaban escritas, descolgándole de la Cruz, le metieron en el sepulcro; mas Dios *le resucitó de entre los muertos, el tercer día*, y se apareció durante muchos días a aquellos que con El habían venido de Galilea a Jerusalén, los cuales hasta el día de hoy están dando testimonio al pueblo.» (XIII).

Célebre es también su entrada en Atenas y su discurso en el Areópago.

Había llegado a la gran ciudad emporio de las ciencias y de las artes. Su espíritu endiosado se consumía interiormente viendo a aquel pueblo entregado a la idolatría... Disputaba en la sinagoga con los judíos y los prosélitos, y todos los días en el Agora, con los que allí acudían. También algunos filósofos de los epicúreos y estoicos trabaron discusiones con él. Unos decían: ¿Qué dice este charlatán?, y otros: Parece que viene a anunciarnos nuevos dioses; lo cual decían, añaden los Hechos, porque les hablaba de Jesús y de la Resurrección. Al fin, cogiéndole en medio, le llevaron al Areópago, diciéndole: ¿Podremos saber qué doctrina nueva es esa que predicas?, porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído, y así deseamos saber a qué se reduce esto...

Puesto, pues, Pablo en medio del Areópago, dijo: ¡Ciudadanos atenienses! Echo de ver que sois de los más religiosos de la tierra, porque pasando yo y mirando las estatuas de los dioses he encontrado también un altar con esta inscripción: Al Dios desconocido. Pues a ese Dios que vosotros adoráis sin conocerlo es el que yo vengo a anunciar: el Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está contenido en templos fabricados por manos de hombres, ni necesita el

servicio de manos humanas como si estuviera menesteroso de alguna cosa, antes bien El mismo está dando a todos la vida y el aliento y todas las cosas. El es el que de uno solo ha hecho nacer a todo el linaje de los hombres para que habitasen la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos o estaciones y los límites de la habitación de cada pueblo, queriendo con esto que buscasen a Dios, por si rastreando y como palpando pudiesen por fortuna hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de El vivimos, nos movemos y existimos, y como alguno de vuestros poetas dijeron: «Somos del linaje o descendencia del mismo Dios».

Siendo, pues, nosotros del linaje de Dios, no debemos imaginar que el ser divino sea semejante al oro, a la plata o al mármol, de cuya materia ha hecho las figuras el arte e industria humana.

Pero Dios, habiendo disimulado sobre los tiempos de esta ignorancia, intima ahora a los hombres que todos y en todas partes hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día que ha de juzgar al mundo con rectitud por medio de aquel varón constituido por El, dando de esto a todos una prueba cierta *con haberle resucitado de entre los muertos*.

Al oír mentar la resurrección de los muertos, algunos se burlaron de él y otros le dijeron: Te volveremos a oír otra vez sobre esto. De esta suerte Pablo salió del medio de las gentes.

Sin embargo, algunos se le juntaron y creyeron, entre los cuales fué Dionisio el Areopagita y cierta mujer llamada Dámaris, con algunos otros.» (C. XVII).

La carta a los Corintios.

Terminemos con esta cita, por ser de excepcional importancia:

«Yo os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié

y que vosotros acogisteis y habéis perseverado en él y por el cual seréis salvos si lo retenéis, como lo prediqué yo, a no ser que hayáis creído inútilmente.

Yo os transmití, en primer lugar, lo que yo mismo había recibido: Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fué sepultado y que resucitó al tercero día, conforme a las Escrituras, y que se apareció a Cefas y después a los Doce.

Luego fué visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales viven la mayor parte y algunos ya murieron. Después se apareció a Santiago y luego a todos los Apóstoles. Ultimamente, como a un abortivo, también se me apareció a mí, porque yo soy el ínfimo de los Apóstoles, indigno de este nombre, porque he perseguido a la Iglesia de Dios; mas, por gracia suya, soy lo que soy, y su gracia no ha sido en mí estéril, sino que he trabajado más que todos ellos. No yo, ciertamente, sino la gracia de Dios conmigo.

Pero sea yo o sean ellos, así os predicamos y así habéis creído. Y si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo hay alguno entre vosotros que dicen que no hay resurrección de muertos?

Si no hay resurrección de los muertos, Cristo tampoco ha resucitado.

Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe. Y nosotros seremos convencidos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que había resucitado a Cristo, al cual no ha resucitado, si, en efecto, los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, Cristo no ha resucitado tampoco. Pero si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe; aun estáis en vuestros pecados y aun más: los que han muerto en Cristo han perecido enteramente; porque si en esta vida sólo esperamos en Cristo, somos los más desgraciados de los hombres. Pero, en verdad, Cristo resucitó entre los muertos, como primicias de los que murieron.» (XV, 1-20).

Permítasenos un breve comentario.

La autenticidad de este pasaje es indubitable aun para la crítica del racionalismo. La fecha de la carta se remonta al año 53 o al 55 de nuestra Era. San Pablo había estado en Corinto dos o tres años por lo menos antes de escribirla, y, por consiguiente, su predicación ha de haber tenido lugar del 50 al 51.

En este tiempo, pues, o sea unos doce años después de la Resurrección del Salvador, ya era plenamente conocida por todos y admitida como dogma común y principal la Resurrección de Cristo.

Nótese, además, algo que es altamente significativo. San Pablo no pretendía propiamente, al escribir el mencionado pasaje, probar la Resurrección de Jesús. La daba ya por supuesta e incuestionable; más bien se quiso valer de ella para convencer a ciertos corintios disidentes. Todos estaban convencidos de la inmortalidad del alma, pero no todos admitían igualmente la resurrección de los cuerpos. Había, en este punto, división entre ellos.

El Apóstol defendía, como era natural, la referida resurrección, y para ello, para probar que ella era posible, les escribe las palabras trascritas. Arguye a los negadores de la Resurrección de lo que les había predicado y ellos admitido: La Resurrección de Jesucristo. El Apóstol, por tanto, no tenía aquí interés ninguno en probar el hecho de la Resurrección del Salvador, que, repetimos, lo daba por supuesto y admitido ciertamente por todos. Las consecuencias que él saca son en verdad perentorias. De no ser cierta en absoluto la Resurrección de Jesús, es necio y ridículo abrazarse con su fe, religión y moral. En este caso serían los cristianos los más desgraciados de los hombres...

Esta página es, pues, de fuerza irrefutable contra los racionalistas.

Ellos, algunos al menos, enseñan que la fe en la Resu-

rección de Cristo es un dogma creado mucho después por la comunidad cristiana: es el mito con que se quiso aureolar, tras el largo curso de muchos años y después de haberse perdido y esfumado la terrible tragedia del Gólgota, la figura de Jesús. Es el complemento de la divinización progresiva del fundador del Cristianismo...

Aquí tienen, por tanto, el mentís más rotundo a sus fantasías y gratuitas afirmaciones: no a centenares de años, como ellos exigen para la divinización del héroe, sino a los doce de la Resurrección de Jesús, ya su gran apoteosis o Resurrección es del dominio de todos y de fe pública, y ello no en Palestina, sino en la gentilidad: tan pronto como llegó a ella la predicación evangélica y en la misma generación testigo presencial del hecho.

En resumen:

Podemos afirmar, con toda seguridad y rigor histórico, que la Resurrección de Cristo es uno de los hechos más atestiguados y auténticos de la Historia. Ni las guerras Médicas, o el paso de las Termópilas; ni la existencia de Pericles y de Solón, o Sócrates; ni las conquistas de Alejandro, ni la batalla de Munda o de Farsalia, la de Pavía o Lepanto, poseen tantos y tan autorizados documentos.

El hecho, plenamente visible en sí mismo, fué presenciado durante cuarenta días por los mismos que lo relatan, hombres probos y santos que hicieron del gran acontecimiento la obsesión de toda su vida y murieron por su testimonio.

La narración es, además, clara, sencilla, sin pretensiones; tan vivida y patética a veces, con tales rasgos y pormenores, que delata a testigos presenciales y que en modo alguno puede ser inventada.

«Surrexit Dominus vere»: Ha resucitado el Señor, en verdad. Esta es la persuasión íntima, incontrastable, segura, que del examen de las fuentes históricas se deduce. Estamos, pues, al afirmarla, en la posesión de la verdad.

LA FUNDACION DEL CRISTIANISMO

Pero hagamos una suposición.

Imaginémonos que no existieran documentos escritos sobre la Resurrección de Jesús: aun nos quedaría una prueba irrefutable de la misma: el cambio de los Apóstoles y su convicción invencible y absoluta del gran acontecimiento.

Dijo P. W. Schmiedel: «Es innegable que la Iglesia se ha fundado sobre la creencia de la resurrección». El mismo Strauss lo confiesa: «Los Apóstoles nunca hubieran fundado la Iglesia si no hubieran estado persuadidos de la Resurrección de Jesús».

La Iglesia se ha fundado sobre la fe en la Resurrección de Cristo. Prescindid de ella o suprimidla, y no podréis explicar el gran acontecimiento cumbre de la Historia. La fe en la Resurrección, además, se apoderó de una manera avasalladora de los Apóstoles y llegó a transformarlos por completo. Antes eran pusilánimes; estaban acobardados, llenos de desilusión. La gran catástrofe del Calvario lo había hecho naufragar todo: sus esperanzas, sus ilusiones, incluso sus sueños de gloria y terrenas ambiciones. El estado del pequeño colegio apostólico, de toda la primitiva comunidad cristiana del Cenáculo, era exactamente el mismo de los discípulos de Emaús: ellos esperaban que Cristo había de ser el que les restituiría el reino de Israel, objeto de todas las esperanzas mesiánicas...; pero los príncipes de Israel, los escribas y magistrados se habían levantado contra El y le habían dado la muerte; por eso estaban tristes, descorazonados, incapaces de todo y, lo que es peor, convencidos, especulativa y prácticamente, del fracaso...

Pero pasan unos días, tres nada más, y aquellos hombres se reaniman como por ensalmo. Jesús se les ha aparecido, dicen, y conversado con ellos. Son ya otros hombres; se convierten en testigos intrépidos, incoercibles. Lo que se ha operado en ellos, más que modificación es una transformación radical; una refundición heroica de sentimientos; un nuevo temple de voluntades. Ya no vacilan un instante...: la verdad se les ha adueñado de una manera que podríamos llamar obsesionante, fanatizadora.

Ni siquiera pueden dudar.

Salen a predicar al mundo y ponen por fundamento de la nueva religión a Cristo resucitado. Esa fe es la que predica Pedro en su primer discurso y en todo, lo mismo que Pablo, Juan, Santiago y los demás, a los judíos y a los gentiles, en Jerusalén, en Roma y en Atenas. Son los testigos de la Resurrección...

De lo que hay en el corazón habla la lengua.

No pueden dejar de publicarlo.

Los judíos, el Sanhedrín, les prohíben que prediquen, pero es inútil: *Non possumus*, es su respuesta: No podemos dejar de anunciar lo que hemos visto y oído.

¿Cómo explicar este hecho?

Aunque no existieran documentos escritos, repetimos de nuevo, estaríamos seguros de la realidad del hecho extraordinario y divino.

Y nótese bien: todos los que intervienen en el gran drama que renueva el mundo son judíos: hombres fanáticos monoteístas que se hubieran dejado despedazar antes que divinizar a un hombre, como ya queda indicado; judíos, por otra parte, aferrados a las esperanzas mesiánicas de gloria y de grandezas terrenas para su pueblo por medio del gran Legado que Dios había de enviarles, el cual vencería a todos sus enemigos y levantaría a la condición de dominador y dueño del mundo a su pueblo. Hombres que jamás habían imagi-

nado un Mesías crucificado, escarnecido por su pueblo y muerto en el patíbulo...

A pesar de todo, esos hombres, con solos unos días, quedan convencidos, a raíz misma del gran fracaso de la Cruz, de que ese mismo Jesús, muerto en el patíbulo, escarnecido, no sólo es el Mesías que Dios les prometiera, sino Dios mismo, que había cumplido sus promesas y visitado a su pueblo...

Este hecho es plenamente antijudío, repetimos de nuevo ; un hecho que estaba por encima de toda su psicología. Debíó de imponérseles de fuera, por tanto, por la fuerza incoercible, aplastante, de la realidad del hecho.

Concluyamos ya.

Suprimido o tergiversado el hecho de la Resurrección del Fundador del Cristianismo, desafiamos a la Historia, a la Psicología humana, a la Filosofía, que solucione el gran enigma...

No hay más que una explicación posible: la realidad indiscutible de la Resurrección de Cristo.

Ha resucitado el Señor verdaderamente ; es el gozo Pascual, la nueva exultante y dinámica que vino a conmover y renovar la Tierra.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y LA CRÍTICA

SUMARIO: Hipótesis racionalistas. - El robo del cadáver. - Catalepsia o muerte aparente de Cristo en la Cruz. - La alucinación de los Apóstoles. - Refutación

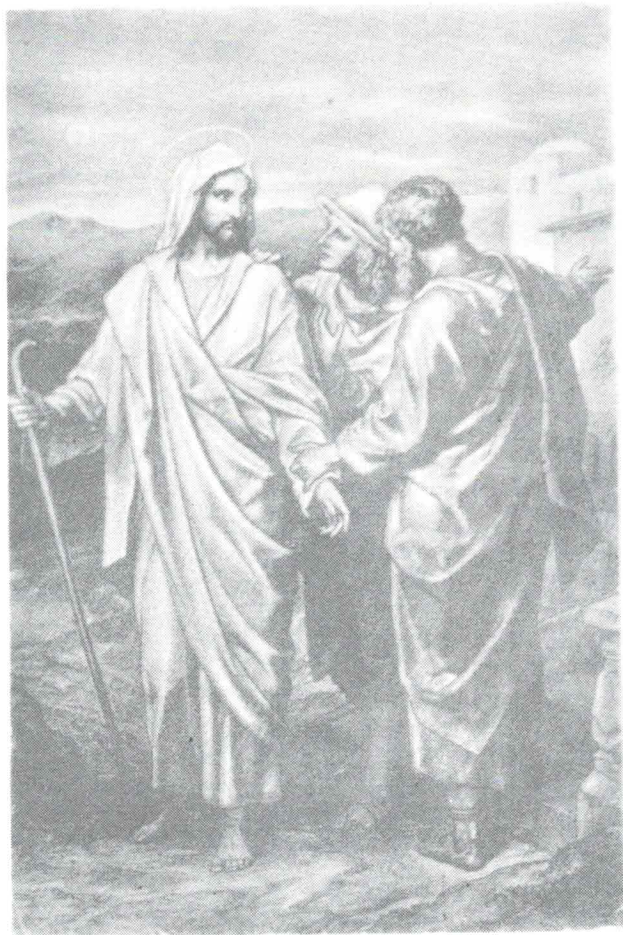
Empecemos por unas palabras de cierto moderno racionalista.

«Para el hombre moderno, dice Ed. Stapfer, una resurrección, esto es, la vuelta a la vida orgánica de un cuerpo realmente muerto es el imposible de los imposibles: entrañaría la violación de las leyes más seguramente conocidas de la física, de la química y de la fisiología. Aunque fuera el testimonio cincuenta veces más fuerte, cualquier hipótesis debería admitirse antes que aceptarla».

No cabe duda que son sintomáticas y altamente significativas estas palabras, y reveladoras de la mentalidad del racionalismo.

El no niega la Resurrección de Cristo porque vea en su relato el mito, el fraude, el engaño, la superchería; la niega porque una resurrección es, para él, imposible, pues sería la infracción de las leyes naturales, y esto no puede admitirse en modo alguno...

Como se ve, militamos en campos diametralmente opuestos.



«¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los Profetas!» (Lc. XXIV, 25).

Cristo resucitado aparece a los dos discípulos de Emaús.

Los católicos no negamos que una resurrección es una infracción de las referidas leyes; lo admitimos, claro está: confesamos que, humanamente, es del todo imposible, pero nosotros vamos más allá; sabemos y admitimos de buen grado que hay un poder superior al de la materia; admitimos a Dios creador del universo, a cuya omnipotencia todas las cosas se sujetan: las leyes del cosmos fueron establecidas por El y puede suspenderlas o violarlas cuando le plazca.

Esta es nuestra convicción y la convicción de toda la Humanidad al mismo tiempo; y de ahí nuestra conducta.

Se nos habla de un caso de resurrección; un muerto que ha recuperado instantáneamente la vida. Nos aseguran que un taumaturgo le ha llamado del sepulcro y le ha hecho levantarse... Eso es algo extraordinario, ciertamente; nos ponemos en guardia... Pero insisten en su aseveración; los que lo han visto lo aseguran de una manera terminante... ¿Qué hacer, entonces? Lo que nos parece lógico: examinar el hecho con todos los recursos a nuestro alcance; ver si históricamente, honradamente, se comprueba el hecho; nos persuadimos de que no hay otra explicación posible; nos consta real e indubitavelmente; en este caso, lo aceptamos. La fuerza superior, el Ser supremo, creador de las leyes naturales, ha hecho una excepción en este caso particular; nos encontramos en presencia de un milagro.

Creemos que al proceder así procedemos legítima y científicamente, puesto que también la Filosofía y la Lógica son una ciencia. Tan científica y tan críticamente, al menos, como nuestros adversarios.

Obrar de otra manera ya no es ciencia ni crítica, son prejuicios; querer acomodar las cosas a sus moldes ateos y mezquinos.

HIPOTESIS RACIONALISTAS

Dice Stapfer, como ya anotamos, que habríamos de admitir cualquier hipótesis antes que aceptar la Resurrección de Cristo. Los racionalistas han inventado varias, tres principalmente: la del *robo del cadáver* por sus discípulos; la de la *muerte aparente* de Cristo; la de la *sugestión o alucinamiento*.

Examinémoslas hoy con imparcialidad y llegaremos a persuadirnos de que, conforme al dicho del referido racionalista, aunque su testimonio fuera no ya cincuenta sino quinientas veces más fuerte, cualquier hipótesis habría que admitir antes que ninguna de ellas.¹

El robo del cadáver.

El primer patrocinator moderno de esta teoría es el ya conocido Reimarus.

He aquí sus palabras:

«Cristo, detenido por los jueces de la nación judía, fué condenado y murió en la cruz, pero sus discípulos no se resignaron a quedar vencidos. Se apoderaron de su cadáver y lo ocultaron, afirmando luego que había resucitado y subido al cielo».

Así, y con toda esta seguridad, lo afirma, como si lo hubiera estado viendo.

No creemos que pueda exigirnos Reimarus que admitamos sin más y *sub fide magistri* tales explicaciones. La hipótesis propuesta nos ofrece algunas dificultades, y permítanos honradamente discutir las.

Primeramente no aceptamos, en modo alguno, el hecho de que parte:

¹ Cfr. Laburu, *Jesucristo ¿resucitó?*

Suponer que los Apóstoles fueron unos vulgares facinerosos y falsarios... Con franqueza, nos molesta que se hable de una manera tan desenfadada e irreverente de unos hombres honrados a carta cabal y más que honrados verdaderos santos y héroes, que ninguna utilidad podían sacar tampoco de su indigna fechoría. Afirmar que los Apóstoles ocultaron el cadáver para hacerlo pasar por resucitado es, en verdad, algo tan monstruoso que cuando se dice, sobre todo sin prueba alguna, hay que considerarlo en toda crítica histórica honrada como una impostura bochornosa y una sinrazón y contrasentido psicológico.

No se resignaron, dice, a ser vencidos.

¿Y qué iban a sacar de otra posición? Si Cristo, en realidad, no resucitó, psicológicamente hablando habían de reaccionar más bien en sentido opuesto: se hubieran visto desilusionados, comprometidos, engañados miserablemente por un hombre que decía ser Dios y Mesías y que afirmó reiteradas veces su futura resurrección... Nada de todo eso era verdad; había sido, pues, un mentiroso, un impostor. ¿Qué se había de seguir en hombres desairados de esta suerte? Ciertamente, lo lógico era el despecho, incluso la indignación contra él. Pero no; por un arte sólo conocido en la psicología racionalista, la mísera superchería les alentó y dió ánimos invencibles hasta el punto de impelerles a arrostrar toda clase de peligros y trabajos; a morir por su mentira inútil y canallesca...

Creemos, francamente, que eso no puede aceptarse con sólo la afirmación de Reimarus, y que nos perdone el racionalista.

Hay un segundo inconveniente.

Concedamos que los discípulos concibieron el proyecto de robar el cadáver. Pero ¿cómo realizarlo? El Maestro había dicho que resucitaría el día tercero y, en efecto, esa fué

la convicción de todos los primitivos cristianos; esa la predicación de todos los Apóstoles; ese el contenido de los Evangelios, de los Hechos, de las cartas de San Pablo y demás escritos del Nuevo Testamento.

¿Cómo realizar el robo, repetimos?

El sepulcro estaba custodiado. Así lo habían conseguido de Pilatos los jefes de Israel, en previsión de lo que pudiera ocurrir... Porque, ¡caso curioso!, ni siquiera tuvo Reimarus el mérito de la invención de su hipótesis. Esa misma fué, exactamente, la ocurrencia de los judíos, como nos lo refiere expresamente el Evangelio. Era el amanecer del tercer día de la muerte de Jesús. Una sacudida repentina había agitado los contornos del sepulcro. Los guardias habían quedado aterrados y como muertos. Repuestos, por fin, marcharon presurosos a la ciudad para dar la terrible nueva a los príncipes de los sacerdotes. Estos se llenaron de pánico indecible; vacilantes y sin tino, encontraron tan sólo una evasiva, sobornar a los guardias: «Decid que sus discípulos vinieron de noche, estando vosotros durmiendo, y robaron el cadáver»...

Pobre era la solución, pero urgente y necesaria.

Añadieron, además, seguridades...

Dormirse un soldado romano en su puesto de guardia era un delito severamente punible. ¿Cómo, pues, afirmar tal cosa? Vendría, irremisiblemente, el castigo... Pero, no; no temáis, les dijeron: si ello llega a oídos del presidente, nosotros os defenderemos y tomaremos todas las medidas necesarias para vuestra incolumidad...

¡Los discípulos robaron el cadáver de Cristo!

Reflexionemos un momento.

Lo robaron al tercer día, estando el sepulcro custodiado por soldados romanos.

¡Cosa extraña, en verdad! Los Apóstoles, a quienes pinta el Evangelio espantados, huidizos y tan acobardados que

uno le niega ante la palabra de una criada y los demás le abandonan; los Apóstoles, que se encierran en el Cenáculo por miedo de los judíos; esos mismos recobran la presencia de ánimo súbitamente y aun se llenan de tanto heroísmo y valor que se atreven a ir al sepulcro a sustraer el cadáver y a luchar, si es necesario, con los mismos guardias...

Es notable también tanto sueño en éstos.

Porque, nótese bien; duermen todos y duermen tan profundamente y durante tanto tiempo que dan lugar a los discípulos para realizar todas las operaciones necesarias. Han tenido que quitar los sellos de la losa de entrada; levantarla y echarla a un lado o volcarla; han debido penetrar en el sepulcro y tomar el cuerpo del difunto y llevárselo entre varios, y a todo eso... ni a uno solo de los vigilantes guardias han despertado. Todos duermen profundamente.

Demasiada audacia y demasiado sueño.

O infelix astutia!, dice San Agustín, comentando las palabras de los judíos. Traes testigos que duermen... Dormían y, sin embargo, lo oyeron todo y lo pudieron atestiguar todo.

En verdad que cualquiera hipótesis había que aceptar antes que ésta.

Así lo reconocen los mismos racionalistas.

Loysi la considera tan ridícula que ni siquiera quiere oír hablar de ella. Por eso se va por otro camino y se inclina a insinuar, aunque de una manera vergonzante, que el cadáver de Cristo fué enterrado en la fosa común...

Así, ciertamente, se suprime la dificultad del sepulcro vacío, de los soldados y de su inexplicable sueño; sólo que cae en otra dificultad tan insoluble como aquélla: la de echar por la borda todos los documentos históricos contemporáneos y fidedignos; esto es, ir abiertamente contra la Historia.

LA MUERTE APARENTE

Es la hipótesis de Paulus.

Oigámosle a él.

«Jesús no murió realmente, afirma; cayó tan sólo en un estado cataléptico, del cual le sacaron después la frescura de la tumba y los perfumes en que fuera envuelto el cadáver. El temblor de tierra de que hablan los Evangelistas y que sucedió casualmente, acabó por volverle la vida... Jesús logró despojarse de las vendas que le ataban y se puso los vestidos que allí había dejado el hortelano. En esta figura se apareció a María Magdalena y a los discípulos de Emaús y después a todos los demás reunidos en el Cenáculo. Como estaba débil, vivía retirado, y por eso se mostraba algunas veces nada más»...

Y nada más, caro lector.

En realidad que nada más puede desearse... Explicación más diáfana es imposible hallarla, aunque tampoco más pueril.

¡Y a eso llaman ciencia los racionalistas!

¡Y a eso tienen que acudir para negar nuestros dogmas!...

Opongamos algunos reparos.

El primero de todos es el del supuesto mismo: la muerte aparente de Jesús. ¿Quién le autoriza para ello? ¿Muerte aparente la de un hombre a quien azotaron y coronaron de espinas, a quien crucificaron y pendió vivo del patíbulo tres horas?... ¿Muerto aparentemente tan sólo aquel a quien oyeron encomendar su espíritu al Padre, inclinar la cabeza y expirar? ¿Muerte aparente la de aquel cuyo costado abrieron con una lanza y partieron el corazón...?

No lo juzgó así el Centurión que dió testimonio del hecho consumado; ni los verdugos que quebraron las piernas de los

otros dos crucificados y al llegar a Jesús y verle ya muerto, desistieron; ni los mismos príncipes de los sacerdotes que pidieron a Pilatos la guarda del sepulcro; ni los discípulos y santas mujeres, ni José de Arimatea y Nicodemus, que le enterraron.

En realidad es una suposición gratuita y arbitraria... Todos los presentes y contemporáneos se engañaron y sólo Paulus, a los diecinueve siglos de distancia y porque le convenía a su utópica explicación, pudo averiguar la verdad.

Pero demos que no muriera en realidad el gran Profeta, que fué tan sólo un síncope, un estado de catalepsia el que le enajenó de la sensibilidad y vida aparente. Aun quedan otros inconvenientes que solucionar.

En efecto, supóngase que Cristo ha vuelto en sí y despertado en el sepulcro. En él se encuentra fajado, rasgadas sus carnes, desangrado, atravesadas las manos y los pies, con el corazón abierto... Supóngase, repetimos, que, a pesar de todo, vuelve en sí y recobra el sentido y el movimiento.

¿Qué hacer?

Su estado debe ser, aun en ese caso, el de un moribundo, de un hombre agónico o poco menos... Pues bien, un hombre así, ¿cómo pudo valerse dentro de la tumba? ¿Cómo pudo desvendarse y ponerse en pie y levantar la pesada losa, que las mujeres, con ser varias, se juzgaban incapaces de remover; vestirse el traje del hortelano...; salir del sepulcro sigilosamente y aparecerse a María Magdalena; ir a Emaús, que distaba 15 kilómetros, y sostener con los dos discípulos la animada conversación de que nos habla el Evangelio, y volver en la misma noche a Jerusalén, y aparecerse de nuevo en el Cenáculo, y entrar en él estando las puertas cerradas, y en todo eso no aparecer como un hombre débil ni salido de la tumba, como una sombra vaga y macilenta, sino dando la impresión de la vida exuberante del autor de ella?

No creo que tenga dificultad el lector en contestar: tampoco esta hipótesis satisface: más aún, ninguna más inverosímil; ni siquiera a los príncipes de los sacerdotes se les ocurrió acudir a ella para salir del apuro ante las noticias alarmantes llevadas por los soldados...

No. No es probable.

Cualquier hipótesis habría que admitir antes que ésta.

LA ALUCINACION

Llegamos a la tercera hipótesis racionalista.

Según ella ni hubo sueños de guardias, ni oportunos terremotos, ni muerte aparente de Jesús: más aún: los Apóstoles fueron sinceros, predicaron y escribieron lo que inocentemente creían; pero estaban miserablemente engañados; veían visiones...

«Las grandes y terribles impresiones que habían experimentado desde la prisión del Maestro en Getsemaní, habían producido la más honda repercusión en sus espíritus y conmovido fuertemente sus corazones sencillos, ardientes y abnegados... Al principio quedaron abatidos por la suerte del Maestro, en quien habían puesto todas sus esperanzas, por el ruidoso fracaso de su autoridad y de su obra. Después sintieron renacer, poco a poco, sus exaltados sentimientos: recordaron su santidad, sus grandiosos milagros, sus profecías. Pensando en El leyeron los sagrados libros y le aplicaron todos los pasajes que del Mesías hablaban. Así llegaron a la persuasión íntima de que debía de haber resucitado. No es posible que haya muerto para siempre, se dijeron; tiene que vivir...

Su fe y convicción fué creciendo rápidamente como la marea y transformando en realidades inconcusas sus deseos. Por fin, llegaron a tal estado, que un día exclamaron de improviso: ¡vive!, y se imaginaron que, en realidad, habían visto al Maestro resucitado...».

He aquí la explicación de Renán y de otros racionalistas...

Los Apóstoles no fueron unos farsantes e impostores: fueron simplemente unos benditos alucinados...

¿Tendrá más fortuna esta hipótesis que las de los anteriores? Veámoslo.

¿Qué es la alucinación?

Es la persuasión subjetiva de la existencia real de cosas que no existen más que en la fantasía del paciente...

Afirmar, por tanto, que los Apóstoles fueron víctimas de alucinación en lo tocante a la Resurrección de Jesucristo, es decir: que tuvieron por real lo que no lo era; que las repetidas apariciones de que nos hablan los evangelistas, en que vieron al Salvador resucitado, no fueron verdaderas sino meramente fantasmagóricas; delirios, engaños, exaltaciones de su mente febriciente... Es afirmar que los Apóstoles estaban enfermos todos, que eran neurópatas exaltados...

¿Hay derecho para pensarlo así? El lector podrá juzgarlo por sí mismo.

Nosotros diríamos más bien, ya lo notamos en otra parte, que su condición, su estado y modo de vivir, acusa en ellos a hombres sanos y robustos, como lo suelen ser los pescadores de las playas, curtidos por el sol y por las brisas, acostumbrados a los azares del mar; hombres sencillos, trabajadores, los menos propicios a la alucinación...

Estaban, además, prevenidos contra ella.

Nada más patente que esto en el Evangelio.

Ninguno, desde el principio, había creído ni siquiera en la posibilidad del hecho. Habían enterrado provisionalmente al Salvador para poderlo hacer después con los honores debidos y definitivamente una vez pasado el sábado. Por la mañana del mismo día de la Resurrección, fueron al sepulcro las mujeres, que eran las más predispuestas al referido fenómeno,

con los aromas y ungüentos preciosos... ¿Se imaginaban siquiera lo que había sucedido?

Llegan las primeras noticias al Cenáculo y los Apóstoles se muestran refractarios; las toman por delirios de mujeres... Por la tarde, después de todo lo que se había dicho y asegurado en el día, marchan dos de los discípulos a Emaús y van tristes y descorazonados: «Nosotros esperábamos que El sería el que redimiera a Israel»: esto es, le creíamos el Mesías prometido y nos hemos equivocado...

Ha pasado una semana.

El Divino Salvador se ha aparecido muchas veces durante ella: todos le han visto y hablado con El; todos menos Tomás, que estaba ausente. El Apóstol se niega a dar crédito a la voz común con una terquedad propia de su rudeza; al fin, pronuncia su palabra decisiva: «Si no viere en sus manos la marca de los clavos, y no metiere mi dedo en el lugar de ellos y mi mano en su costado, no lo creeré...».

Ciertamente que no era ésta buena disposición para ser alucinado.

Sin embargo, se da el cambio repentino. Viene Jesús, cerradas las puertas, y se pone en medio de ellos. «La paz sea con vosotros», les dice; y luego, dirigiéndose a Tomás, añade: «Mete tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y mé-tela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel».

Había cesado la porfía. Tomás se encuentra vencido por la realidad palpable. Cae de rodillas delante de Jesús, y exclama: «Señor mío y Dios mío...».

Una tercera agravante.

La alucinación de los Apóstoles es duradera y persistente.

Han visto a Cristo por espacio de 40 días, hablado y comido con El; han oído sus enseñanzas en el Cenáculo, en el lago. Han presenciado la escena de San Pedro y la promesa del primado después de la pesca milagrosa. Más de 500 dis-

cíbulos han sido testigos de estas apariciones y le han visto subir al cielo...

Ciertamente: Si todo esto es alucinación, habríamos de decir que pertenece a un nuevo género desconocido en psicología.

El racionalismo afirma que la Resurrección implicaría el quebrantamiento de las leyes de la física, de la fisiología y de la química...

Lo que sí podemos decir es que la fe en estas hipótesis quebrantaría, por lo menos, las de la psicología, de la Historia, de la lógica y, lo que es más fuerte, las del sentido común...

Digámoslo de nuevo.

Tales explicaciones no pueden admitirse en modo alguno ni siquiera como hipótesis. Antes que aceptarlas habría que optar por cualquiera otra, incluso por la Resurrección verdadera.

La autoridad de los racionalistas puede sernos respetable, pero, perdonénnos dichos señores, que por amor a la verdad digamos que aunque fuera no ya cincuenta veces, sino cincuenta veces siete más autorizada, no podríamos admitirla.

Valga, por lo menos, el criterio del orador romano: «Amigos de Platón, pero más amigos de la verdad».

LA ASCENSION, TRIUNFO DEFINITIVO DE JESUS

SUMARIO: Los documentos históricos de la Ascensión de Cristo. - Su vida en el cielo: descanso, triunfo, actividad incesante. - Arriba los corazones

Cristo, no era de este mundo.

Su patria verdadera estaba fuera de los límites del humilde planeta en que moramos.

Venía de arriba. De más allá del lugar donde nacen y se ponen las estrellas: el cielo, el reino de Dios: la patria del gozo, de la felicidad y bienandanza.

Estaba en este mundo como de prestado tan sólo; había venido como legado del Padre a la misión de redimir la Humanidad y reconciliarla con Dios... La empresa la había llevado ya al cabo gloriosamente: le había costado, es verdad, la vida; llevaba sus vestidos en sangre tintos, pero había cumplido su misión espléndidamente.

¿Qué tenía que hacer después de eso?

Volver al cielo, al seno del Padre, a la diestra de Dios, y esto es lo que efectuó en la Ascensión.

DOCUMENTOS HISTORICOS

Empecemos por un hecho significativo:

La Ascensión es el suceso culminante, sin duda, de la vida del Hombre-Dios. Es el epígrafe final, el coronamiento de su gran misión y de su obra en el mundo.